

**“El mundo no se contempla desde fuera sino desde dentro,
reconociendo los lazos con los que el Padre nos ha unido a todos los seres”**

- Laudato Si -

El valor de compartir

Por Maricarmen Rodríguez Ortiz

Kali era un caracol joven alegre y feliz. Un día paseando por el bosque escuchó un ruidito muy raro y sintió un poco de miedo. Con sumo cuidado se acercó para ver de qué se trataba y descubrió que eran dos lombrices que jugaban a estirarse sobre el pasto.

-Hola, - dijo Kali. ¿Qué hacen?

Las lombrices voltearon a ver a Kali y al mismo tiempo soltaron tremenda carcajada, se retorcian, daban vueltas y no paraban de reír.

Kali no entendía lo que sucedía, entonces se atrevió a preguntar.

-¿De qué se ríen, no entiendo?

Las lombrices reían con más fuerza, una de ellas haciendo un gran esfuerzo trató de explicar el porqué de sus risas.

¿Cómo de qué nos reímos? ¿Acaso no te has visto en un espejo?

Kali respondió a esa extraña pregunta.

-¿Verme en un espejo, para qué?

-Ja, ja, dijo una lombriz, ¿qué no te has dado cuenta de qué cosa tan chistosa cargas en tu espalda?

-Para que lo sepan, dijo Kali, esta cosa es mi casa y gracias a ella no corro ningún peligro.

Se dio media vuelta, mientras las lombrices seguían retorciéndose de la risa. Kali siguió su camino tratando de olvidar a esas lombrices tan mal educadas. Estaba tan concentrada en sus pensamientos, que no vio a unos escarabajitos que jugaban con una piedritas con las que casi tropieza.

-Cuidado niños, alguien puede hacerse daño con esas piedrecillas.

Un escarabajo de ojos muy grandes respondió:

-Es que no tenemos juguetes y es por eso que nos entretenemos con estas piedritas.

-¡Oye!- dijo otro escarabajo. -Pero que hermosa piedra vas cargando, ¿podrías prestármela para jugar con ella?



-Claro que no, dijo Kali. Además no es una piedra, es mi casa, no puedo prestarla a nadie, mi casa es mi más grande tesoro, en ella me refugio de mis enemigos, me cubro del calor, del viento, del frío y de la lluvia.

-¡Oh! Dijeron a coro los escarabajitos.

-Cuando yo sea grande ve voy a comprar una cosa de esas, dijo un escarabajo muy gordo.

-No es cosa, es caparazón, contestó Kali.

Los escarabajos dijeron adiós a Kali y continuaron jugando con sus piedritas.

Por el camino, Kali vio unas deliciosas hojas muy tiernas y de un verde intenso, que le servirían de desayuno y se dispuso a comer. En eso estaba cuando llegó una oruga que muy educada saludó:

-Buenos días joven caracol, ¿cómo está usted?

-Muy bien, amiga oruga y ¿usted?

-Bien, aunque me duelen un poco mis sesenta patitas; por eso me detuve a descansar un poco.

-¿Necesita que le ayude en algo? Lo haría con mucho gusto.

-No caracolito, muchas gracias, tomaré una siesta y luego seguiré mi camino.

-Bueno, hasta luego señora oruga.

-Adiós y cuídate pues se avecina una tormenta.

Caminando, caminando, Kali se encontró con una catarina que tenía un ala herida. La pobrecilla lloraba desconsoladamente.

-Cata, ¿qué te pasa? ¿Por qué lloras?

-Hola Kali, venía volando no me fijé y choqué con esas varas que tienen espinas y me lastimé mi alita, pronto lloverá y no sé qué voy hacer, porque no puedo volar.

-Qué pena, dijo Kali y se sentó junto a Cata, como queriéndola consolar. Así permanecieron durante unos minutos.

-Sabes Kali, eres muy afortunado.

-Yo, ¿por qué?

-Porque tienes esa hermosa casa sobre tu espalda, así no te preocupas si llueve o hace calor... Cómo me gustaría tener una en estos momentos que no tengo donde protegerme.

Kali con firmeza dijo:

-Ven, acompáñame.

-Pero, ¿a dónde vamos?

-A buscar un caparazón vacío, yo he visto algunos abandonados.

Así, caminaron por el bosque, hasta encontrar un caparazón vacío.



-¡Aquí hay uno! Gritó Cata.

-Vamos a probártelo, a ver, a ver, trata de entrar con mucho cuidado, dijo Kali a Cata.

Probaron de todas las formas habidas y por haber, pero fue imposible porque era muy pequeño, Cata no cabía en el caparazón abandonado.

En eso sintieron unos golpes muy fuertes sobre su cuerpo, eran gotas muy gordas, que avisaban que estaba por empezar un fuerte aguacero.

-¡Corramos! Gritó Cata. -Mis alitas no deben mojarse.

-Cata, recuerda que yo no puedo correr, soy muy lento.

-Entonces, ¿qué hacemos? Tenemos qué pensar en algo, pero rápido porque cada vez está más fuerte la lluvia.

-¡Ya sé! Te comparto espacio en mi caparazón, estoy seguro que cabemos los dos.

-¿En verdad harías eso por mí? Dijo muy emocionada la catarina.

-¡Claro! Ven, acomódate; yo iré al final de mi casa, para que tú puedas estar cómoda.

Y Así lo hicieron. Kali y cata muy bien acomodados en el caparazón, pudieron soportar la tormenta sin que ninguno de ellos sufriera algún daño.

-Muchas gracias Kali, eres un verdadero amigo, no cualquier animalito del bosque me hubiera compartido su casa.

-Si todos diéramos un poquito de lo que tenemos a los que nos piden ayuda, seríamos muy felices en el bosque.

-Tienes mucha razón Kali.

La noche caía y la lluvia no cesaba, Cata y Kali tuvieron todo el tiempo para platicar de sus cosas. Después de algunas horas, Kali dijo:

-Buenas noches Cata.

-Buenas noches Kali.

Y los dos amigos pudieron pasar una buena noche, gracias a la casita y a la generosidad de Kali.

#LasallistasSeamosLuzDeMéxico

[Muchas gracias a la Mtra. Maricarmen Rodríguez Ortiz, del Colegio La Salle, San Juan del Río por compartirnos este hermoso cuento de su autoría.]

